NECROLOGÍA

22 cm.

R. 74.882.

✠

NECROLOGÍA

DEL SEÑOR

D. CARLOS JIMÉNEZ-PLACER Y ECHEVARRÍA

escrita y publicada en cumplimiento de acuerdo de la

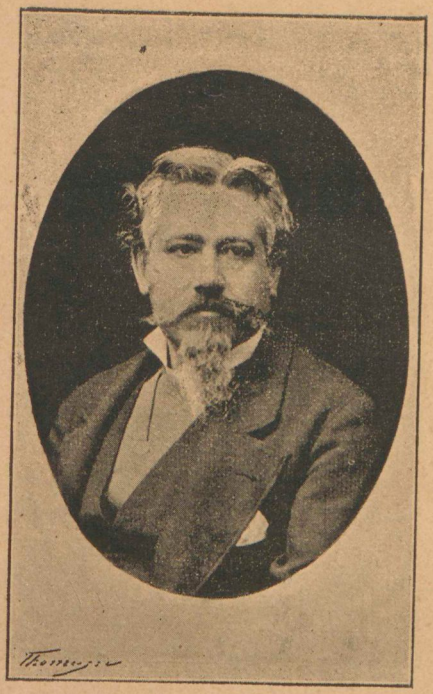
REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS,

por el socio preeminente y Secretario 1.º de esta Corporación

D. Luis Montoto y Rautenstrauch,

Y LEÍDA EN LA JUNTA
CELEBRADA EL VIERNES 27 DE NOVIEMBRE DE 1896.

SEVILLA
Tip. de la **Revista de Tribunales.**—Rivero 4, Teléfono 271.
1897



BIBLIOTECA Granada

I

MUCHAS veces, Señores Académicos, cogí la pluma con el propósito de escribir esta necrología y la abandoné otras tantas sin atreverme á deslizarla por el papel. Una y otra vez y siempre que intentaba principiar este relato —¿por qué no decirlo?—se me acongojaba el corazón, subían las lágrimas á mis ojos y se nublaba mi pobre inteligencia. No hubiera yo trabado amistad perdurable con aquel nuestro compañero amadísimo; no hubiéramos compartido gozos y penas, no separados nunca el uno del otro por las barreras que levantan las miserias humanas aun entre los hombres que comulgan en las mismas ideas y juntos de la mano van por el camino de la vida, y acaso al primer intento mi pluma hubiese corrido fácil, y en vez de este insubstancial escrito po-

dría ofreceros hoy otro más bien pensado, revestido de galas retóricas y con los literarios afeites que han menester los discursos académicos.

Dícese por todos que lo que bien se siente bien se expresa. Pero ó esto que se dice no es verdad, ó yo soy la excepción de la regla; porque cuando el dolor me hiere, ni acierto á coordinar mis pensamientos, ni puedo balbucear palabras. Bajo el peso abrumador del hecho doloroso, los labios sólo se abren para lanzar ayes y suspiros desgarradores. Después, cuando por permisión divina el tiempo ejerce su oficio, que es sembrar en las almas la semilla que produce el consuelo, surge la ocasión apropiada, el instante en que la inteligencia recobra su señorío y el hombre mide con cabal medida la realidad de la catástrofe: sólo entonces es cuando apreciamos y avaloramos lo que perdimos; sólo entonces es cuando recogemos lo que se salvó del naufragio.

De mí sé deciros que ante el fiero despojo de la muerte que me arrebató prenda muy querida, fué tanta la fuerza de mi dolor, que ni supe lo que perdí, ni lo que me dejaba, al abandonar para siempre este mundo, aquel hombre sin tacha, á quien mis labios, indignos de pronunciar su nombre, llamaron "¡padre de mi corazón!" Luego, al correr del tiempo, aquella figura nobilísima fué agigantándose á mis ojos, y al par fuí yo sintiendo el horror al vacío, porque él lo llenaba todo para mí. Cosa parecida me sucedió con nuestro inolvidable compañero. Veíale decaer por momentos; parecíame como escuchar los apagados pasos de la muerte, que á

todo correr adelantaba para apresarlo, y, no obstante, el golpe que segó su vida me aturdió con el estrépito de la catástrofe. Van pasando los días; el tiempo comienza á ejercer su piadoso oficio, y hoy me aventuro á consagrar á la memoria del señor D. Cárlos Jiménez-Placer estas líneas, en las que no encontraréis otra cosa que dejos de la amistad que con él me unió y huellas de las lágrimas que arrancó á mis ojos su eterna despedida.

Son estas necrologías, más que trabajos literarios que se lanzan al público en loor de los hombres de quienes tratan, recuerdo cariñoso y elogio tributado en familia. No escribo la presente para divulgar por los mundos de la publicidad los timbres literarios del muerto, porque ya lo hizo la prensa periódica, y porque nada que no sea sabido de todos podría llevar al festín con que se solazan los que de la lectura de diarios y periódicos se nutren. La escribo para nosotros, á la manera que, cerca del hogar alumbrado por fuego que arde inextinguible, un individuo de la familia, en los días de las grandes solemnidades de la casa, ó en las noches en que el invierno lo entristece todo, recuerda al padre ó al hermano ausente y no tiene para él sino palabras de alabanza; y la escribo con el temor de que no acertaré á decir cuanto en su elogio cabe, ni á bosquejar aquella figura, de atracción tan poderosa, que llamaba á sí á todos y á todos nos obligaba por la ley de las simpatías, hermosa ley escrita por Dios en los corazones de los hombres de buena voluntad. Pero si no acierto ni á deciros sus méritos, ni á recordaros los rasgos de su carác-

ter bellísimo, vosotros que, como yo, le tratasteis; vosotros que, como yo, le quisisteis, suplid mi insuficiencia, retocad el lienzo, avivad sus colores y dad al retrato el parecido que lo confunda con el original. Así también, y prosiguiendo en la imágen antes indicada, el que en torno del hogar refiere los méritos del que murió, al recordarlos poco á poco, vese interrumpido frecuentemente por las observaciones de cuantos le escuchan, los cuales con nuevos pormenores completan á maravilla el relato, que es así el elogio tributado al muerto, como fidelísima expresión del cariño que todos le profesan.

II

ació D. Cárlos Jiménez Placer en esta ciudad, cuna en todos los tiempos de varones ilustres en las ciencias, las letras y las artes, á dos días del mes de Febrero del año mil ochocientos treinta y tres, y fueron sus padres don Antonio y D.ª María, natural aquél de San Juan del Puerto, y ésta de la ciudad de la Habana. No le sonrió la dicha desde la cuna, pero sí le cubrieron honrados pañales. Al alborear su razón, vió que la senda que habría de recorrer no era aquella por donde transitan los favoritos de la fortuna, sino esta otra sembrada de malezas, por la que vamos, al hombro la carga abrumadora de los cuidados, los que sabemos de los caminos de la vida, más por los abrojos que punzan nuestras plantas que por las flores que recrean nuestros sentidos.

Aplicado al estudio, en Marzo de 1849 se graduó de bachiller en Filosofía en esta Universidad Literaria, plantel á la sazón de jóvenes que enaltecieron las aulas hispalenses, mereciendo honrosa calificación de hombres tan eminentes en las ciencias y las letras como D. Jorge Díez y D. Gonzalo del Águila, célebres humanistas; D. José Fernández-Espino, eximio literato y poeta; D. Fernando Santos de Castro, D. Francisco García Portillo, D. Miguel Colmeiro, D. Matías de Saavedra y don Juan Campelo, decoro todos de la Escuela regida en aquel entónces por el inolvidable Martín Villa, y en la que repercutía la voz augusta de maestros que, con los citados, labraban la inteligencia de la estudiosa juventud sevillana. Cursó á seguida en los años 1848 á 1859 los estudios de Jurisprudencia, y obtuvo en 1855 el grado de bachiller en esta Facultad.

"No obstante la brillantez con que aprobó todas las asignaturas—escribe uno de sus biógrafos (1),—no era el estudio del Derecho lo que más le contentaba, y si estudió dicha Facultad, puede decirse que fué, más que por amor que le tuviera, por complacer á los autores de sus dias.„ Cierto: Jiménez-Placer nació para el Arte y no para la Jurisprudencia. Sus gustos, sus inclinaciones, sus amistades, sus devociones todas, al Arte iban encaminados; y vésele desde muy niño cultivar el trato de pintores y poetas, y acudir, á las horas en que sus estudios le permitían grato vagar, al taller del artis-

(1) Cascales. *Sevilla Intelectual. 1896.*

ta, al liceo, á la redacción del periódico y al teatro, que fué el amor de sus amores. Vésele también entretener sus ocios departiendo de versos y comedias con el cáustico Narciso Campillo, con el ingenioso y eruditísimo Velázquez y Sánchez, con el melancólico Gustavo Adolfo Bécquer, con el dulcísimo José Benavides, con el impetuoso Adelardo López de Ayala y con toda la pléyade de jóvenes entusiastas que, al declinar del neo-romanticismo importado de la nación vecina, sin darse cuenta de su empresa rompieron los viejos moldes de la Escuela poética sevillana y proclamaron la libertad del Arte, aquí mismo, donde no se adivinaba otra poesía que la vaciada en aquellos moldes, caldeados aún por el fuego de la inspiración de Herrera y de Rioja; aquí mismo, donde resonaban las liras de Lista y de Reinoso.

Á par que cursó sus estudios en las aulas universitarias, en el periódico *El Regalo de Andalucía* y en *El Diario de Sevilla* esgrimió sus primeras armas de literato, fundando luego, en 1862, la revista *La España Literaria*, y luciendo en las columnas de todos los periódicos sevillanos las galas de su peregrino ingenio.

Mucha parte de su labor, y no por cierto la menos valiosa, hállase desperdigada por esas hojas efímeras que la curiosidad lee con avidez durante veinticuatro horas, yendo á seguida, como las de los árboles en otoño, á morir olvidadas entre el polvo del camino, si no es que mano cuidadosa las reune y con cariño las conserva.

Para estudiar á Jiménez-Placer como hombre

de letras es de necesidad, como para el estudio de no pocos ingenios, registrar esas hojas que, conservadas en los archivos y en las librerías de los bibliófilos, nos recuerdan el árbol frondoso de la literatura sevillana desde el promedio del siglo que alcanzamos. En periódicos, diarios y revistas, que á la sazón se escribían con más esmero que al presente, porque no se había impuesto al periodismo en todas sus fases el ansia de novedades que hoy acosa á los lectores, y para cuya satisfacción es forzoso ganar el tiempo que se pierde en releer lo escrito antes de darlo á las prensas; en periódicos, diarios y revistas, digo, Jiménez-Placer insertó artículos cortos cuanto galanos, á la manera de los que el ingenioso Selgas llamó *Hojas sueltas*; novelitas de asunto sencillo é interesesante, como las que popularizaron el nombre de Pedro Antonio de Alarcón, antes de ser éste *testigo de la guerra de África;* críticas sazonadas de libros y comedias; estudios de escuelas pictóricas; juicios de muy afamados lienzos, y algunas composiciones poéticas, más llenas de intención dramática que de arrobos líricos. Examinando todos esos trabajos, en número verdaderamente considerable, puede el crítico apreciar las raras aptitudes de la inteligencia del autor, y aquel perfecto maridaje, que acusan todas sus obras, entre lo limpio y noble de su pensamiento, y lo vivo y lo pintoresco de su fantasía.

No, no es despreciable el periódico para el estudio de la literatura sevillana: por el contrario, es un dato del que no se puede prescindir; porque él ha solicitado á las inteligencias tanto ó más que el

libro, y á él han acudido todos, los maestros como los discípulos, no ya ganosos de notoriedad, sino por lo fácil de la publicación, que es el complemento, el término último de las obras del ingenio humano. Al periódico acudió entonces, como acude hoy, la juventud literaria, y en él encontramos la florescencia de los talentos juveniles. Sin el periódico, tal vez no nos deleitaríamos hoy con la lectura de las rimas incomparables y las leyendas melancólicas de Gustavo Adolfo Bécquer, y al periódico hay que recurrir si se quiere devolver al mundo de la publicidad obras de escritores tan injustamente olvidados como José Velázquez y Sánchez y José Benavides, poeta delicadísimo éste, é ingenio satírico de primera magnitud aquél. Y cuenta que al hablar así de la importancia del periódico, no me concreto á apreciarla desde el punto de vista literario; porque merced á él también resucitaríamos la memoria de hombres de ciencia, que cultivaron así las físicas y exactas como las morales y filosóficas, y estudiaríamos agrupadas sus obras; y aun esos artículos, al parecer frívolos, que la prensa publica á diario y mueren al nacer, reunidos y coleccionados aportarían datos para el estudio de la literatura de un pueblo.

En el periódico nació Jiménez-Placer á la vida literaria, y, aunque otras aficiones le cautivaron, no dejó de acudir á él, si bien de tarde en tarde, en los últimos años de su vida. Os remito, Señores Académicos, á las publicaciones tituladas: *El Arte*, *El Hispalense*, *La Revista Artístico-Literaria*, *El Porvenir*, *La Ilustración Bética*, *El Español* y

La Andalucía, de Sevilla, y *El Mundo Político*, entre otras, de Madrid, en todas las cuales encontraréis huellas de su inteligencia privilegiada. No sé yo si puso su pluma al servicio de alguna causa política: ni le oí decir que militase en esta ó en la otra bandería de las muchas que traen revuelto el Reino, ni sorprendí en él aficiones que, sentidas, se escapan á todo propósito de ocultación. Si, lo que yo no creo, de política escribió, sus escritos murieron envueltos en el sudario del anónimo.

III

Lo dije ya: el teatro fué el amor de sus amores, la pasión de su existencia.

Tal vez de todos los géneros literarios el dramático es el que en los actuales tiempos alcanza más desfavorables condiciones de vida. No es el drama la expresión artística de los sentimientos que mueven el alma del poeta, ni la desnuda representación por idéntico modo de cuanto aquél ve fuera de sí: es la síntesis más cumplida de lo que, dentro de un tecnicismo que tengo por muy propio, se denomina poesía subjetivo-objetiva. Bajo de cierto respecto, la dramática ha de ser en una época vivo reflejo de la vida nacional. En períodos de análisis, cuando los problemas que interesan á la vida de los pueblos, á la de la familia y á la del individuo, son discutidos por todos, falta al poema dramático su

condición *sine qua non:* la materia indiscutible, la resolución unánime del problema. Si convenimos en que el arte literario tiene su esfera propia y dentro de ese arte cada género ha de cumplir con su cometido, y en que hay en cada género especies que deben concretarse á reproducir matices del pensamiento, convendremos también en que el drama no puede tener por fin último demostrar una verdad mantenida por esta ó la otra escuela, y en que los procedimientos de la dramática difieren mucho de los de la ciencia. Recordad las mejores obras de los teatros antiguo y moderno. ¿En cuál veis que sean materia dramática las simples diferencias de escuela? No hablemos del teatro griego, continuación de la lírica y de la épica; ni tampoco del teatro romano, en el cual no se encuentra, al decir de Schlegel, sino traducciones libres y desaliñadas é imitaciones informes, sin que las Atelanas sean otra cosa que especie de diversión y pasatiempo para los nobles que enmedio de una civilización extranjera hallaban todavía placer en los recuerdos de la antigua nacionalidad y de la antigua alegría itálicas; vengamos á tiempos más cercanos de nosotros. ¿Fijáis la atención en el teatro de Shakespeare? Ante vuestros ojos surgirán las figuras de Romeo y Julieta, iluminadas por el fuego de su amor; y la de Otelo, ennegrecida por la sombra de sus celos; y la de Hamlet, enloquecido; y la de Ofelia, *cogiendo flores y cantando*. Frente al teatro de Calderón, ¿cuáles personajes os solicitan con más ahinco, después de Segismundo, que es el hombre, y de Pedro Crespo, que es la justicia sin las trabas de la ley?

Pobre es el teatro cuando imita, y por eso son pobres el teatro romano y el teatro francés con sus tragedias clásicas: pobre, cuando discurre con la fría razón del crítico; cuando analiza como el naturalista: pobre, cuando en él vemos, no el reflejo de la vida nacional, no lo que siempre flota sobre las aguas revueltas de todos los tiempos, el corazón humano, sino el sentir particular de un autor, arrastrado por corrientes de las muchas que afluyen al mar del pensamiento.

Empero no somos los españoles los que más nos lamentamos de la decadencia del teatro. Vuelvo los ojos á los años pasados de este siglo, y veo que, al calor del neo-romanticismo francés, que entre sus muchos defectos tuvo el mérito de haber reanimado la dramática que languidecía, vuelven á resonar en nuestra escena los acentos de la inspiración, después de los engendros sandios de Comella y sus secuaces. Años antes, Moratín había echado los cimientos de la comedia de costumbres, más exacta y fiel reproducción de la vida en España que lo fueron las antiguas de capa y espada. Gil de Zárate, el Duque de Rivas, Rubí, Zorrilla, García Gutiérrez y Tamayo, entre otros, ya desenterrando las gloriosas figuras de Rui-Díaz de Vivar, Guzmán el Bueno, Pedro I de Castilla, Colón é Isabel la Católica; ya personificando en héroes legendarios algo de lo que realzó siempre el carácter del pueblo español; ya compendiando en tipos imaginados las luchas de un corazón generoso con las prácticas y las conveniencias sociales, logran que el aplauso atronador resuene por los

ámbitos del teatro, y que el público acuda á las representaciones y se extasíe con la reproducción artística de los hechos pasados y con la lucha de las pasiones que en todo corazón se revuelven. La comedia, que tenía en nuestra escena honrosos pero humildes antecedentes, da señales de vida, y la sátira ensancha sus dominios. El público no se interesa sólo por la suerte del hijo del héroe de Tarifa, ni sólo llora ante el cadáver del Rey Justiciero, ni sólo se admira del marino genovés, ni sólo ensalza á la Reina Católica. No suspenden la atención del espectador sólo los hechos que el tiempo agiganta merced á esa óptica, contraria á todas las leyes de la naturaleza, que agranda los hechos remotos y achica los presentes: el público goza y se recrea también con la contemplación de los cuadros de la vida social. No es necesario simbolizar los celos en *El moro de Venecia*, que por celos mata: el celoso de *La bola de nieve* es el celoso que vive y alienta á nuestro alrededor, el que vemos todos los días y á quien compadecemos. No es preciso cifrar la sed de oro, la fiebre de los negocios, en avaros como el de Molière: *El tanto por ciento* nos muestra la repugnante llaga que corroe el cuerpo social; y gracias á un poderoso ingenio, Bretón de los Herreros, lo cómico solicita su puesto en el teatro, y esta propensión del espíritu completa el cuadro de la vida reflejado en el poema escénico.

Jiménez-Placer asistió en el renacimiento de nuestro teatro. Presenció la representación de los incomparables dramas históricos de Hartzenbusch y García Gutiérrez; de las poéticas leyendas de Zo-

rrilla; de las comedias apacibles de Luís de Eguílaz; de las de capa y espada de Eulogio Florentino Sanz. Se admiró de la sobriedad clásica de las obras de Tamayo y Baus; se solazó con la *vis* cómica de Bretón de los Herreros y Narciso Serra; siguió paso á paso la vida del dramático López de Ayala, y tuvo grande amistad con los actores que contribuyeron al esplendor de nuestra escena, las inolvidables Matilde Díez y Teodora Lamadrid, y los célebres Mate, Cárlos la Torre, Romea, Valero, Delgado, Tamayo, Vico y Calvo. Viviendo la vida del teatro, muy joven dió á luz su primer drama, *El último suspiro*. "Es mi primer ensayo de este género", escribió, dedicándolo á la amante y amada compañera de su vida. Fué estrenado en el teatro de San Fernando, de esta ciudad, la noche del 16 de Febrero de 1857, á beneficio del actor don Manuel García Muñoz, quien, dirigiéndose al público, dijo en el programa de la fiesta teatral: "¡Feliz yo si en esta noche alcanza el joven poeta un lauro que le conduzca á un porvenir de gloria!"

Entre los papeles del poeta he hallado el borrador de su obra *Juan Pablo*, traducida al italiano y representada en aquel teatro el 26 de Marzo de 1865 con el título *Paolo il Pescatore*. Hablando de este drama, el periódico *El Porvenir* decía: "En la obra, el autor, desde una exposición tranquila, dulce como una balada alemana, levanta gradualmente la acción hasta agigantar las pasiones, conmoviendo profundamente los ánimos y produciendo con rasgos felicísimos y altamente dramáticos un interés vehemente en el público."

Ineficaces han sido mis disquisiciones para encontrar el manuscrito de otra obra cuya impresión anunció Jiménez-Placer cuando dió á la estampa *El último suspiro*, con el título *El de la Cruz de Santiago*; en cambio, he hallado apuntes para escribir un drama en un acto y otro en tres, ambos de costumbres.

Pocos años trascurrieron desde la representación de *Paolo il Pescatore* hasta que Jiménez-Placer dió á la escena el cuadro *Hernán Cortés*. Este fué el vagido de un dramático de verdad, ha dicho atinadamente nuestro querido compañero el señor D. Enrique Funes, cuyas son las elocuentes palabras que trascribo:

"Era muy difícil encerrar la figura gigante del soldado del Nuevo Mundo, con toda su épica grandeza, en las cuatro tablas y en los veinte minutos de que se dispone en un solo acto. Por otra parte, estos hombres, que significan así como un aspecto de la raza, no están movidos en la historia por los resortes de una pasión determinada y singular; sus pasiones suelen ser aguijón de su pensamiento, cuyo ideal, en los guerreros, fué siempre el dominio del globo; y así la epopeya no cabe en el teatro. Pero el autor del cuadrito dramático, tomando la más general de las pasiones, el amor, y lo más real de los altos encumbramientos, la caída, acertó á mover el alma de los espectadores. Todo allí es simpático y bello; todo está allí pintado con los colores de la vida, tan cerca de la muerte; y por eso, á los umbrales del sepulcro del famoso conquistador, vienen á llamar: sus glorias, con el veterano Quijada;

la fidelidad, con el paje; el amor y el extravío de su vida, con la penitente Beatriz, la cual llega en la agonía del héroe; y así el hijo de la unión ilegítima recibe las bendiciones paternales, tranquilizando en la hora postrera el alma de aquel español digno de ser cantado por Homero. Hay una figura en el poema que no sale al teatro, como para no resultar en la sombra al lado de Cortés: la de Carlos de Gante, el cual, á la hora misma de exhalar el último aliento el vencedor de Otumba, en un lecho prestado y en un pueblo humilde, hace su entrada triunfal en la ciudad del Betis, al volteo de las campanas de sus cien torres, cuyos ecos resuenan con insulto en el recinto funerario del mayor capitán que conoció la tierra.

¡Allí vive Carlos V!
¡Aquí ha muerto Hernán Cortés!

Palabras últimas de aquel gran español de *La Noche Triste*, y síntesis del pensamiento del poema.„ (*)

El éxito de *Hernán Cortés* aventajó á los deseos del más ávido de aplausos. Los periódicos de Madrid, unánimes, desde *La Correspondencia de España* con su proverbial laconismo, hasta *La Época* con sus sombras y lejos de publicación sesuda y talentosa; desde el festivo *El Cascabel*, de Frontaura, hasta el cáustico *Gil Blas*, semanario satírico en el cual derrochaban su ingenio Manuel del Palacio, Luis Rivera, Eusebio Blasco y Roberto Robert,

(*) *D. Carlos Jiménez Placer, autor dramático.*—Artículo publicado en el núm. 8 de la Revista *El Extraordinario de El Orden.*—Sevilla 31 de Octubre de 1896.

al unísono batieron palmas en loor del poeta, á quien unos llamaban novel autor, y otros jóven distinguido; ignorando unos y otros que Jiménez-Placer había escrito mucho antes de llegar al escenario del teatro de Variedades, y que canas, un tanto prematuras, acusaban la plenitud de una vida aplicada á las letras. Fué el estreno del drama lo que llamamos un triunfo teatral, triunfo alcanzado sobre las mismas tablas del escenario donde dos años antes había exhibido sus desnudeces eso que apellidaron *género bufo*, importado á nuestra escena, y en mal hora, por un hombre no escaso de entendimiento, pero atrevido como él solo, que se pagaba muy mucho de las carcajadas del vulgo y del descoyuntamiento de los payasos.

En aquella ocasión no se equivocaron los que predijeron del éxito. El venerable Hartzenbusch, veterano de las lides teatrales, auguró que el aplauso público coronaría la obra. El autor de *Don Tomás*, aquel sutilísimo ingenio que libre voló por los campos de lo cómico sin rebasarlo ni dar en los eriales de lo chabacano, donde parece que hoy se solazan musas descocadas y revoltosas; el infortunado autor de *Nadie se muere hasta que Dios quiere, La calle de la Montera* y otras piezas dramáticas que, por lo afiligranadas, parecen encajes de Flandes, si no ya labor de orfebrería sevillana en pasados siglos; Narciso Serra, que á la sazón ejercía la censura de Teatros del Reino, estampó este honroso cuanto lacónico dictamen al final del manuscrito: "Examinado este drama (muy bien escrito), no hallo inconveniente en que su representación se autorice.

Madrid 11 de Setiembre de 1867.„ Fué la primera y única vez que el autor de *El Amor y la Gaceta*, sumido en el lecho á que le tuvo amarrado la hidropesía, que lo acababa á despecho de sus arrobos de poeta y de sus arrestos de soldado español, fué la primera y única vez, digo, que Narciso Serra, olvidándose de que el Estado le pagaba para oficiar, no de crítico literario, sino de censor, no pudo contener con las compresas de su cargo oficial los arrebatos de su corazón apasionado de la belleza artística.

BIBLIOTECA · Granada · ANDALUCIA

Á los pocos meses, en 7 de Febrero de 1868, se representaba en el teatro de San Fernando de esta ciudad el *paso del siglo XVI* intitulado *El Mesón de Paredes;* y el novel autor, el jóven distinguido, como diría la gacetilla madrileña, obtuvo nuevos aplausos. "Esa es tu mejor obra„, le dijo Adelardo López de Ayala, momentos después de la representación. Aquella noche, el mismo público aplaudió á Velázquez y Sánchez por una de sus mejores comedias. Amigos de la niñez ambos, se dedicaron sus obras en testimonio de fraternal afecto. Velázquez y Sánchez escribía al frente de la tradición sevillana *El Agua de San Francisco:* "Á Carlos Jiménez-Placer. Te dedico esta obra como un testimonio público de la íntima amistad y fraternal afecto que te profesa su autor„. Jiménez-Placer le contestaba, dedicándole *El Mesón de Paredes:* "Escribes mi nombre al frente de tu última producción *El Agua de San Francisco,* y tanto por ello me obligas, como honrado me considero al dedicarte este paso.„ ¡Fué siempre la amistad dulcísima nota

característica de los poetas hispalenses! Á la sazón Jiménez-Placer y Velázquez y Sánchez eran los dos ingenios sevillanos que más lucían en la dramática. Pronto compartieron los laureles con un jóven de poderosa inteligencia é inspiración arrebatadora, quien ya á la edad de quince años había brillado en la lírica y revelado sus alientos de dramaturgo en las obras históricas *D. Jaime el Desdichado* y *El valle de lágrimas*. No hay para qué deciros su nombre, porque todos recordáis los primeros triunfos alcanzados en la escena por nuestro compañero muy querido el Sr. D. José de Velilla y Rodríguez.

Desde 1868 á 1881 se eclipsa la musa dramática de Jiménez-Placer. Los cuidados y las atenciones de la vida, que van pesando más á medida del correr de los años, apartáronle de sus viejas aficiones; y fué necesario todo el fuego del entusiasmo de un corazón juvenil, y todo el aliento de una fantasía sin orillas, para que el autor de *Hernán Cortés* y *El Mesón de Paredes* volviese á manejar la pluma, enmohecida después de afinarse en alabanza del gran capitán español y del humilde batihoja sevillano. Cano y Cueto, nuestro dignísimo vicedirector, el autor de cien *tradiciones sevillanas* que inmortalizarán su nombre llevándolo por donde quiera que se pronuncie el de esta ciudad hermosa, cuyas grandezas y maravillas ha cantado y canta á los acentos de la trompa épica; Cano y Cueto, que ha heredado, con la sangre nobilísima del inolvidable duque de Rivas, la imaginación portentosa del autor de *Don Álvaro* y *El Moro Expósito*, venció las timideces de Jiménez-Placer y le movió á escribir con

su colaboración un drama de forma primorosa, que fué justamente aplaudido en el primero de los teatros de la Corte: me refiero al poema dramático *Bajo el Cristo del Perdón,* estrenado en el Teatro Español la noche del 3 de Febrero de 1881, y representado con gran éxito en el de San Fernando, de esta ciudad, en 1882.

Á contar desde esa fecha, Jiménez-Placer enmudeció para el teatro y casi, casi para las letras. Desde entonces sólo dió á la estampa algún que otro artículo de crítica y alguna que otra poesía, como la que dedicó á la grata memoria del Cardenal Lluch, Arzobispo que fué de esta diócesis.

Hubo razón, y razón podorosa, para lo exiguo de su labor dramática. Á la inversa de lo que suele acontecer, las obras ajenas le parecían de perlas, y reprochaba las propias por desprovistas de todo mérito. Nada de cuanto brotaba de su pluma le complacía. Así, volvía una y cien veces sobre lo escrito, enmendaba, tachaba, añadía y, las más veces, en un instante desbarataba la máquina de sus pensamientos; á la manera que el Hidalgo Manchego deshizo de un golpe de lanza la celada que, después de reconstruída, reputó por de finísimo encaje. Su temor de no acertar nunca le llevaba á estudiar y meditar mucho antes de emprender el trabajo por escrito, pero también agigantaba á los ojos de su fantasía los peligros y las dificultades. Fuí yo testigo de los recelos y de las desconfianzas que le salían al paso, y en más de una ocasión tuve que alentarle y persuadirle á que diese á la estampa sus creaciones. Recuerdo que juntos emprendimos la tarea de

escribir una obra dramática, bautizada, antes de nacida, con el título de *Lope de Vega*. Él era la cabeza que pensaba y yo la mano que escribía. Mi inexperiencia contrastaba con su conocimiento de la escena; pero todavía resaltaban más sus temores de hombre experimentado en las campañas teatrales, al lado de mis audacias juveniles. Dos años pasaron antes de dar por concluído el acto primero, cien veces escrito y otras tantas vuelto á escribir. La escena que tenía yo por más insignificante, una de esas escenas que de ordinario se escriben al correr de la pluma, era motivo de largas discusiones. Peritísimo en la dramática, antes de escribir una línea dibujaba con esmero el escenario, colocaba las figuras, describía gráficamente todos los objetos, y cuando le entraba por los ojos lo que antes había visto en su imaginación, entonces vertía en prosa el diálogo, que luego ponía yo en versos, malos como míos, que él aliñaba cuidadoso. Encariñados con el asunto del drama, llegamos á la situación culminante, la final del acto segundo, el momento en que se representa en el corral de la Pacheca el más hermoso pasaje de la *Estrella de Sevilla*. La situación, por él imaginada, era interesantísima: Lope, el gran Lope, el ídolo de España, aquél que daba nombre á todo lo bueno, al punto de que para ponderar cuanto era excelente, se decía *de Lope*, es objeto de la aclamación delirante del público de Madrid que le rinde pleito homenaje y le ciñe coronas de laurel; y en ese momento en que el Fénix de los ingenios españoles parece que ha de gozar de la mayor ventura que el genio alcanza en la tierra, el corazón

del hombre, mortalmente herido por el más cruel de los desengaños, llora lágrimas de sangre y maldice de las glorias mundanas, que todas juntas no bastan á contentar el espíritu ansioso de las eternas dichas. Muchos días y meses invertimos en imaginar y escribir aquella escena; y cuando, leyéndola por última vez, esperaba yo que el autor descontentadizo participase de mi entusiasmo y la tuviese punto menos que por maravilla teatral, "sabe, me dijo, que todo esto es muy malo, y que es forzoso romperlo todo y escribir de nuevo como si nada hubiésemos conseguido." En aquel punto terminó para siempre nuestro drama. No fué posible dar con lo que él había soñado, y diez años después todavía se afanaba en busca de un efecto escénico que escapó siempre á nuestras pesquisas.

Sin aquel temor, sin la desconfianza sempiterna, Jiménez-Placer nos hubiera dejado muchas obras dramáticas; porque concebía con facilidad suma y manejaba todos los resortes de la escena. Ese temor y esa desconfianza fueron parte á que no luciesen con todo el propio esplendor sus dotes intelectuales, y, ó mucho me equivoco, ó contribuyeron á achicar un tanto las obras que la crítica ha colmado de elogios. Su cuadro dramático *Hernán Cortés*, que recorrió en triunfo los teatros de España, no es sino el epítome de otro drama que escribió con el mismo título é idéntico asunto. Se asustó de su obra, la tildó de presuntuosa, y fué poco á poco reduciéndola hasta circunscribirla por los estrechos límites de un cuadro.

IV

JIMÉNEZ-Placer ensayó también sus fuerzas en la novela, género poético que á la sazón en que el ingenio sevillano lo cultivó escribiendo *El Marqués del Valle* y *El Ángel de los recuerdos,* no lograba las favorables condiciones de vida que la dramática.

Desde Cervántes hasta nuestros días, la novela en España ha arrastrado una existencia misérrima. Cuentos de pasatiempo en unos autores, no ha sido en otros sino imitación servil de la leyenda histórica narrada por Walter Scott, y en no pocos rapsodia de fábulas inverosímiles y ridículas con que autores de copiosa facundia alentaron el neo-romanticismo francés representado por Dumas y Víctor Hugo. Lectura de las clases populares, en ellas encontraron, y encuentran todavía, singu-

lar acogida; porque el alma que las vivifica es lo extraordinario, lo maravilloso, pero lo maravilloso pesando sobre los hombres de hoy como el *fatum* pesó sobre los de ayer, siendo el resorte que todo lo mueve, la causa única de todas las acciones humanas: ¡nuevos libros de caballerías, que ni tan siquiera tienen como aquéllos legítima ascendencia en tierras españolas! De pocos años á esta parte, la novela ensancha su campo de acción. No es ya su materia lo maravilloso, la fábula que interesa por los raros pormenores que la entretejen y por los resortes sorprendentes que la desenlazan: no es pintura fiel de la naturaleza, sirviendo como de escenario á la narración de un hecho sencillo: no intenta instruir como el *Telémaco* y los *Viajes del jóven Anacarsis:* no persigue exclusivamente un fin literario, como la *Historia de Fray Gerundio de Campazas:* la novela en los momentos presentes abarca esos fines y estudia con sin igual predilección la sociedad en todos sus aspectos. Desde cierto punto de vista parece como que se anticipa, facilitándolos, á los trabajos y los desvelos del historiador. Hoy la novela es histórica, descriptiva, científica y literaria. Describe el hecho, pero analiza sus causas; pinta una pasión, pero investiga su origen, y separa lo esencial de lo contingente; entra en el ancho campo de la política; nota los vicios con preferencia á las virtudes, y, con el escalpelo del análisis, señala una por una todas las fibras del cuerpo social, hiriendo en las llagas y descubriendo las úlceras. Es que también ha llegado á la novela el espíritu investigador del siglo. Hubiéralas

escrito Jiménez-Placer en estos últimos años, y tal vez su nombre como novelista correría con el encomio con que vuela como dramático.

V

No es, ciertamente, en España donde el ejercicio de las letras da á los que á él se aplican medios y condiciones de vida. Lo dijo gráficamente un poeta, mi entrañable amigo el malogrado José Velarde:

Escribir para comer
No es ni comer ni escribir.

Jiménez-Placer no fué excepción de la regla general, y desde muy niño libró su subsistencia en el producto de su trabajo. Su laboriosidad y su honradez le protegieron y como de la mano le llevaron á ejercer importantes cargos públicos, logrando á la postre la jefatura del Archivo de Indias, puesto en el cual mereció honores y consideraciones que no es dado á todos alcanzar. Premios á su solicitud como funcionario público fueron la encomienda de

Isabel la Católica, que en 1866 le concedió Su Majestad la Reina D.ª Isabel II, y la cruz de Carlos III, que obtuvo en 1892; premios á sus merecimientos literarios, los puestos que ocupó en la Academia de Ciencias y Artes, de Cádiz; en el Instituto de Viseo; en el Fomento de las Artes, de Madrid; en el Instituto de Quito, y, entre todos, el que tuvo en esta Real Academia, que en 1881 lo llamó á su seno y lo recibió con júbilo en 1887. Testigos fuísteis de su labor entre nosotros, y todavía saboreamos las mieles de aquel su discurso de recepción, prueba plena de su amor á las bellas artes y acabado estudio del insigne pintor Pedro de Campaña, de su tiempo y de sus obras.

Permitidme que os recuerde las palabras con que, á nombre de todos nosotros, uno de los miembros preeminentes de esta Academia, elocuente orador sagrado y literato eximio, le dió la bienvenida á este viejo hogar de las letras sevillanas:

"Aparte de los títulos que aquí le han conducido por derecho propio—decía el Sr. D. Servando Arbolí—hoy parece autorizar aún más sus credenciales, trayéndonos el cuadro de un gran siglo, la imaginación de un artista sublime, la revelación de un pensamiento fecundo; y todo esto con un lujo tal de erudición, con vuelo tan levantado y atmósfera tan diáfana, que bastaría para la reputación, si tanta ya no le sobrase, del afamado autor de *Hernán Cortés*, de *El Mesón de Paredes* y de muchas joyas que han merecido universal aplauso y el justo galardón de un nombre circundado de gloria. El talento dramático de tan sabio conocedor de la es-

cena ha logrado, en más de un cuadro, obtener esos triunfos que le son tan propios; y con el auxilio de la Fé ha conseguido, por suerte, desarrollarse en la epopeya divina, que ni los ángeles pueden describir, ni hay soles que la alumbren, porque el sol se eclipsa en el Calvario. Pedro Campaña esperaba, para ser interpretado, un espíritu tan sagaz y alma tan delicada como la del nuevo Académico, y si es exacta la frase de Chateaubriand "preciosa sensibilidad, señal la más segura del talento„, el Sr. Jiménez-Placer la testifica, cuando no se sabe qué envidiar más en este caso, si la intuición del genio, si la cultura del literato, ó el corazón del artista, como lo posee nuestro amigo, educado en la escuela de maestros insignes, hábil para desplegar sus dotes, lo mismo en la lengua de Cervantes, que en el estadío de la prensa, ó que en el templo de Apeles.„

Y ya, Señores, que voy, no entrando, sino sumergiéndome en el mar de los recuerdos, recordad, para que la atractiva figura de Jiménez-Placer surja entre nosotros rozagante y llena de vida como en días más venturosos, aquella su magnífica descripción de uno de los más peregrinos lienzos de Pedro de Kempener. Va á hablaros el poeta, el artista, el amigo del corazón; escuchadle: "Sobrecógese absorto el ánimo—dice, contemplando el cuadro *Un descendimiento de la Cruz*—á la vista de la prodigiosa obra: es su asunto la epopeya de la Humanidad; su momento la aurora de la idea cristiana; su escenario un sagrado monte, eterno altar del planeta; sus personajes los elegidos de la Providencia; su protagonista Dios. Sobre un vago fon-

do de difusa luz en que esparce sus últimos reflejos la tarde de aquel día que avergonzado muere, se destaca sombría la redentora Cruz. Ya no rugen á su alrededor los elementos, ni se estremecen las entrañas de la tierra, ni fulgura en los aires entre rojas centellas la cólera celeste: impera allí la abrumadora calma que sigue al primer instante del dolor; muda, lúgubre, siniestra, más solemne en su inmutable pesadumbre que el dolor mismo en sus estremecimientos; fúnebre pausa en que el espíritu de Dios se eleva en el espacio, el hombre humilla la frente sobre el polvo y la creación reza. Aquel divino cuerpo, sagrario inmaculado que encerró la esencia de Dios, y que continuaba unido á la Divinidad, desciende paulatinamente de la Cruz sostenido con cariñosa veneración por los Santos Varones: esperan al pie la Madre Virgen y sus amantes compañeras en la actitud del pesar que abruma, con la expresión del pesar que mata, quebrantados los eslabones de la vida ante el espectáculo de la muerte, hincadas las rodillas en tierra, abatidos los miembros por incontrastable laxitud y brotando de la mirada los últimos destellos del alma para iluminar aquella pavorosa escena producto de horrenda lucha en que compitieron la enormidad del delito y la inmensidad del sacrificio; y San Juan recibe en sus brazos la preciosa carga, apoyándola en su hombro con expresión reflexiva de varonil dolor, en tanto que su mirada perdida en el espacio ve quizá surgir entre las densas tinieblas de lo futuro las sublimes escenas de su grandioso Apocalipsis.„ Quien así pinta, quien así canta, ¿es poeta? ¿es pin-

tor? Yo no sé decir sino que sólo un alma de artista puede retratar por medio de la palabra lo que inspirados pinceles estamparon en el lienzo para gloria perdurable de las artes "que no pueden derribar á Dios, pero pueden subir hasta su trono."

Recordad, también, el sentido discurso que, cumpliendo con un doloroso encargo de esta Real Academia, dedicó á la buena memoria de uno de nuestros consocios. "¡Triste misión la mía!—exclamaba en ocasión solemne.—¡Venir á renovar el sentimiento de profundo pesar aún palpitante en vuestros corazones por la muerte del ilustre y querido compañero D. Emilio Márquez y Villarroel, haciéndoos sucinta reseña de su vida y merecimientos!" ¡Quién me dijera que estas palabras brotarían de mis labios no muchos años después! ¡Triste misión! ¡Venir á renovar el sentimiento de pesar profundo, aún palpitante en vuestros corazones, por la muerte del ilustre y querido compañero don Carlos Jiménez-Placer! Con él repito: "consuelo y purificación para el ánimo es el ejemplo de una vida consagrada al estudio y á la práctica de las virtudes!"

VI

Fué D. Carlos Jiménez-Placer excelente poeta, literato y erudito; fué funcionario integérrimo, solícito como pocos y como pocos inteligente en el desempeño de sus cargos. Por todo esto mereció el aplauso de las gentes y la pública estimación; mas para cuantos le tratamos con intimidad, para cuantos le acompañamos en su peregrinación por la tierra, para cuantos le vimos en el hogar doméstico, Jiménez-Placer fué además el amigo cariñoso, el padre amantísimo, el caballero cristiano y español. Amigo cariñoso, compartía muy de veras las penas y los gozos con aquellos á quienes daba el nombre de hermanos: para él eran como propios los triunfos de sus compañeros: nunca hizo presa en su corazón la sierpe de la envidia: jamás la maledicencia ó la murmuración manchó

sus labios, prontos á la alabanza, si cerrados para la torpe lisonja. Padre amantísimo, vivió para la familia en cuyo seno encontraba las dichas más ciertas, el consuelo más eficaz, las medicinas que más confortan el corazón quebrantado en las rudas batallas de la vida. Caballero español, fué esta noble tierra muy amada de su alma, y á ella consagró, adorando en sus glorias, los alientos de su inspiración de poeta. Caballero cristiano, resplandecía su alma nobilísima con todos los esplendores de nuestra religión sacrosanta.

Murió con la resignación del justo, esperando con el reposo y la tranquilidad del mártir el momento supremo de su vida.

No me olvidaré jamás de aquella tarde en que nos vimos por vez última y por acaso. Tardo era su andar; su respiración, fatigosa; su palabra, entrecortada—¡su palabra que fué siempre dulce cuanto fluida!—Vidriosos los ojos y la faz amarillenta, todo él aparecía desmarrido como cuerpo que se rinde y como luz que se apaga. Á su presencia me saltó el corazón en el pecho, y á duras penas acerté á articular algunas frases. ¡Cómo la enfermedad terrible sombreaba aquella espaciosa frente coronada de blancos cabellos desde sus años juveniles! ¡Cómo trocaba su franca sonrisa en expresión de angustia inefable! "¡Carlos! ¡Carlos!—le dije:—deseaba verte, saber de tí. Eso no es nada; vete al campo, descansa. Los que, como tú y yo, comen porque trabajan, deben holgar diez, veinte días al cabo del año; ¡qué menos para el trabajador!„ Fijó en mí sus apagados ojos, sonrió, ex-

presando con su sonrisa todo un mundo de penas, y, posando la mirada en mi hijo, que me acompañaba, y que, cual yo, estaba angustiado: "Dios te dé—me dijo—la dicha de verlo hecho hombre: yo... yo...„ Las lágrimas nublaron sus ojos y el dolor selló sus labios. Esto sucedía á mediados de Julio. No mucho después, el 29 de Septiembre, rendía su alma al Creador en los brazos de su amantísima esposa, la inseparable compañera de su vida, á quien dedicó el primer fruto de su ingenio de poeta, y en los de sus hijos, á quienes—¡dichoso él!—logró ver hechos hombres dignos de su honradez inmaculada. Vivió con fe, esperanza y caridad, y murió "como quien navega y arriba al puerto; como quien peregrina y llega á su patria.„

Noviembre de 1896.

BIBLIOTECA DE ANDALUCIA Granada

Se acabó de imprimir este Folleto
el día Veintiochó de Enero
de Mil Ochocientos
Noventa y Siete

R
FL
L